

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Comisión Episcopal para la Vida Consagrada



Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad



Material para la
**JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA**
2 de febrero de 2024



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

www.conferenciaepiscopal.es

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

ÍNDICE

Presentación	3
Testimonios	7
...desde el Claustro, ¡aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad!	9
¡Seguimos dando gracias!	15
Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad (Heb 10,5ss; cf. Sal 40,7-9)	21
Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad	25
Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad ...en el mundo sin ser del mundo	27
Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad <i>Relato de un camino</i>	30
Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad	34
Oración para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada	35

PRESENTACIÓN

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

La XXVIII Jornada Mundial de la Vida Consagrada nos recuerda un año más este don para la Iglesia y para el mundo en su riqueza de modos y carismas, inspirados por el Espíritu Santo a través de la escucha y el discernimiento comunitario. En coordinación con las jornadas que celebran las demás formas de vida cristiana en la Iglesia, este año el lema incluye la plegaria evangélica «¡Hágase tu voluntad!».

En el caso de la Vida Consagrada, ofrecemos esta oración con la actitud de quien se sabe llamado por Dios a vivir prolongando a través de los votos de castidad, pobreza y obediencia la oblación de Jesucristo hasta la muerte en cruz, así como el fiat de María Virgen. De este modo, la entrega a Dios y a los hombres lleva a la persona consagrada a poder decir con plena conciencia y libertad: «¡Aquí estoy!».

Más aún, queremos señalar que el «¡Aquí estoy!», con toda su fuerza, se convierte en «¡Aquí estamos!». No solo porque donde un cristiano dice «yo» está diciendo «nosotros», sino porque el nosotros eclesial y de Vida Consagrada del momento que vivimos nos invita a ofrecernos y disponernos a buscar, procurar y hacer la voluntad divina como comunidad, dentro del pueblo de Dios en camino.

La Iglesia hoy también necesita la profecía de la Vida Consagrada y precisamente las jaculatorias «¡Aquí estoy!», «¡Aquí estamos!», «¡Hágase tu voluntad!» encierran un compromiso profético para «Una Iglesia sinodal en misión».

Cada persona consagrada recibe el amor y la llamada del Señor y su respuesta de amor y disponibilidad es, a la vez, individual y comunitaria. En esa respuesta se busca hacer la voluntad de quien llama, huyendo de caprichos personales y rechazando el pecado y, por supuesto, todo delito. Somos conscientes de que se han dado entre nosotros faltas graves por las que no nos cansaremos de pedir perdón, reiterando al mismo tiempo nuestra voluntad de reparar integralmente a quien ha sido herido. En esto también se expresa el deseo de cumplir la voluntad de Dios.

Por consiguiente, la voluntad de Dios es siempre el horizonte de nuestro querer y nuestro ser personas y comunidades consagradas. A su cumplimiento deben dirigirse tanto nuestro estilo de vida como nuestros votos, nuestra fraternidad o sororidad y nuestra misión. Así lo afirma Benedicto XVI: «Existe una voluntad de Dios con respecto a nosotros y para nosotros, una voluntad de Dios para nuestra vida, que se ha de convertir cada día más en la referencia de nuestro querer y de nuestro ser» (Benedicto XVI, *La oración de Jesús en Getsemaní* [1-2-2012]).

La voluntad de Dios acrisola todos los ámbitos de vida de los consagrados a la luz de la oblación de Cristo hasta la cruz. Después de la última cena, Jesús va a orar a Getsemaní, pero no lo hace en soledad: como observa magistralmente Benedicto XVI, Cristo se prepara para orar personalmente al lado de los suyos. Muchas otras veces lo vemos retirarse a orar en solitario, mientras que aquel momento en Getsemaní pide que se queden con él los discípulos que había llevado al Tabor. Aunque Jesús reza solo al Padre en aquella noche crucial, quiere que tres de sus discípulos estén cerca en la angustia de Getsemaní. Es una cercanía muy significativa en la oración en el momento en el que va a cumplir la voluntad del Padre hasta las últimas consecuencias.

Esta oblación de Jesús para cumplir totalmente la voluntad del Padre es luz para los consagrados. Desde Getsemaní, se nos invita a seguir a Jesús hasta la cruz, como todo discípulo. Igualmente, allí recibimos la consigna de vivir unidos a los hermanos en la oración y en la entrega de la propia vida para cumplir la voluntad de Dios hasta el final. «¡Aquí estoy! ¡Aquí estamos!».

Que nuestro querer y nuestro ser personal y comunitario respondan al «¡Hágase tu voluntad!» profundiza nuestra consagración y nos une fraternalmente en el ser y en la misión. Todo ello bajo el prisma de nuestro carisma particular al servicio de la Iglesia y del mundo, a cuya riqueza debemos contribuir con nuestras pobreza. Singularmente, hoy caminamos ahondando en el «¡Hágase!» sinodal en cada comunidad de Vida Consagrada para contribuir a edificar la comunión de todo el pueblo de Dios.

Contemplemos ahora por un momento la fortaleza de la Virgen del *fiat*. También María de Nazaret, como su Hijo, nos ayuda a compren-

der y vivir como personas consagradas la plena disponibilidad para hacer la voluntad de Dios. Lo dice el papa Francisco en la exhortación *Christus vivit* (43-48): la fuerza del «hágase» de María radica en que es mucho más que un «sí» complaciente o superficial. Ella decide siendo consciente de lo que tiene por delante, de lo que arriesga y del compromiso que todo ello supone. Dice «sí» apostándolo todo con la única seguridad de ser «portadora de una promesa».

El papa pregunta a los jóvenes si se sienten portadores de una promesa, más allá de las dificultades que puedan llegar a tener, como también tuvo la Virgen María. Es una reflexión que bien podemos acoger las personas consagradas en medio de las dificultades del momento presente: «¿Qué promesa tengo en el corazón para llevar adelante?». ¿Qué promesa tenemos como comunidad para ofrecer, trabajar y poner en marcha?

Siguiendo a Cristo hasta la cruz y sabiéndose íntimamente acompañados por la Virgen del *fiat*, nuestros fundadores y fundadoras también nos brindan inspiración para discernir el contenido de la «promesa» que hemos de llevar adelante personal y comunitariamente. Ellos experimentaron, como nosotros podemos hacer hoy, que la Vida Consagrada es lugar que alberga y debe suscitar «promesa» en quienes abrazamos esta vocación y en cada uno de nuestros discernimientos personales y comunitarios. Promesa fundada en la voluntad de Dios y continuamente recreada a la luz del carisma y de la fe la Iglesia. Promesa que recoge los gritos de la humanidad, la necesidad de comunión y sinodalidad eclesiales y la carencia de fraternidad y amistad social de un mundo dividido y en guerra. Para la Vida Consagrada, como para María, el «sí» entregado y las ganas de vivir y anunciar la promesa de Dios han de ser más fuertes que las dudas y las dificultades.

Ofrezcamos generosamente la «promesa» que hemos recibido: «¡Aquí estamos, Señor! ¡Hágase tu voluntad!».

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

TESTIMONIOS

***«No nos cansemos de dar testimonio de la esencia
de la salvación, de la novedad de Jesús,
de la novedad que es Jesús»***

PAPA FRANCISCO

...desde el Claustro, ¡aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad!

Quien sabe lo que es una búsqueda sincera de la voluntad de Dios sobre la propia vida podrá comprender el desasosiego que se siente al intuir que Dios formula una pregunta y espera una respuesta, que quiere algo determinado. La intuición de que Dios pide algo más se va afirmando día a día. Surge el deseo de saber qué quiere, y al mismo tiempo se teme la respuesta.

Desorientada, con miedo y duda en el corazón, tomé el libro del Evangelio y pedí consejo a Cristo y, una vez escuchado, como Francisco: «Esto es lo que lo quiero, esto es lo que, en lo más íntimo del corazón, anhelo poner en práctica». Comprendí que el sentido de todas mis búsquedas solo encontraría sosiego en la obediencia al proyecto de Dios sobre mí. Respondiendo en libertad y sabiendo lo qué me jugaba pude decir: **aquí estoy, cuenta conmigo**.

Siempre que tomo el sol, con las puertas de mi vida abiertas y el corazón desempañado, intuyo que hay vida, que hay luz y esperanza, más allá de los umbrales de la mediocridad cotidiana; y despierta en mí ganas de vivir horizontes nuevos, esperanza gozosa, ternura entrañable, convencida de que, a pesar de los crudos y largos inviernos, en el amanecer de todas las primaveras, irrumpe el deseo de lo nuevo, de lo eterno, resucitando de una tierra muerta.

No es, ciertamente, tarea fácil dar testimonio de mi vida en unas breves páginas, lo haré a grandes rasgos, concentrando la mirada en lo más esencial, confiando en que eso no sea obstáculo para manifestar con claridad sus aspectos más sobresalientes, y lo haré no con erudición, sino con la fuerza y la pasión, y también con los límites de quien gasta su vida en vivirla.

Francisco y Clara de Asís y la Comunidad de Clarisas de la ciudad de Ávila han orientado y marcado mi experiencia de seguimiento de Cristo y mi camino de contemplación, y desde estas experiencias concretas es desde donde sé y puedo hablar de la Vida Contemplativa clariana, y de su compromiso en la Iglesia y en el mundo.

Seguir a Jesús, seguir sus huellas, seguirlo más de cerca, ese es el objetivo, comprender que el Evangelio no es una ideología, sino una forma de vida que pide ser vivida en toda su radicalidad e inmediatez, «sin glosa», por ello es la meta de nuestra vocación cristiana, la meta de nuestra vocación contemplativa.

Quienes nos dedicamos a una vida íntegramente contemplativa fundamos nuestra existencia no en una ideología, sino en la fe y en el amor a Cristo. No intentamos otra cosa que lo que todo cristiano intenta: vivir el Evangelio amando a Dios y siguiendo a Jesucristo. Así de explícito y simple: vivir el Evangelio optando por el Dios de la vida tal como se nos revela en Jesucristo. Si algo tenemos de profundamente válido es que queremos vivir en plenitud la vocación cristiana fundamental: afirmar la primacía de Dios y expresarla en la propia vida con la mayor nitidez que nos sea posible. Ese es el sentido de la vida contemplativa. No hay otro. No hay que buscarle más trasfondo ni más legitimaciones. Por tanto, nuestras vidas están vacías de finalidades, fuera de estar en un vacío sagrado en el que Dios pone su tienda y donde los hombres y mujeres pueden ver su gloria.

Nuestra vocación, como la de Francisco y Clara, no es otra que seguir las huellas de nuestro Señor Jesucristo, recorrer el mismo camino que Cristo para llegar al Padre. «El Hijo de Dios se ha hecho para nosotras camino, y nuestro bienaventurado padre Francisco, verdadero enamorado e imitador suyo, nos lo ha mostrado y enseñado de palabra y con el ejemplo».

Nuestro conocimiento de Dios es, pues, fundamentalmente experiencial. Conocimiento de Dios que bebe en la Escritura, sobre todo del Evangelio, en la oración litúrgica y personal, lugar privilegiado de escucha de la Palabra de Dios, en los sacramentos, fundamentalmente en la eucaristía, en las enseñanzas recibidas de Francisco y Clara, bien sea a través de sus testimonios de vida o de sus escritos. Nuestra oración, en cualquiera de sus expresiones, no busca «saber de Dios» sino a Dios mismo. Esta tarea requiere silencio y reducción: Clausura.

Abiertas a la realidad de cuanto vivimos, nuestra oración no es ajena a los dramas y crisis de nuestro tiempo, se convierte para no-

sotras en reconocimiento, súplica, admiración, gratitud, adoración y alabanza constante de la presencia de Dios en la creación y en la historia. Ser contemplativa nos obliga a vivir profundamente encarnadas en nuestro mundo. No pretendemos escapar de los dramas de la vida humana, sino vivirlos intensamente, participando del gozo y desesperanza de los hombres.

El panorama que el mundo nos ofrece hoy exige que nuestra esperanza sea casi heroica. Por toda la tierra se abren heridas de violencia, de injusticia, de crueldad, que desembocan en guerras, terrorismo, atentados contra la vida y los derechos humanos más elementales. Con nuestra vida sobria y sencilla queremos que el hielo de la desilusión que oprime a muchos de nuestros contemporáneos se convierta en agua fecunda de esperanza. Desde la fe y el amor, desde la luz del evangelio que nos sostiene, seguimos apostando por el hombre. Seguimos creyendo que podemos ser capaces de cambiar las cosas.

«El espejo» es un tema clave en la cultura de Clara de Asís, y también en nuestra cultura de la imagen, que constantemente nos invita a mirarnos en el espejo para comprobar que estamos bien, que nos mantenemos jóvenes, guapos, delgados... en forma. De esta imagen quiero servirme, hoy, llamadas a ser, como diría Clara de Asís, «espejos de Jesucristo» para los que viven en el mundo. De modo que, en nosotras, con nosotras, el mundo rememore el nombre personal de nuestra esperanza, el rostro vivo de aquel a quien amamos. Porque él es el único que puede devolvernos el equilibrio humano más allá de todas las alienaciones; el único que puede hacernos recuperar nuestra dignidad.

¿Qué podemos ofrecer?

Creo que podemos ayudar a que nuestros contemporáneos desarrollen su propia humanidad. Y esto quiero expresarlo con realismo y con humildad; como testimonio y como esperanza.

Hay muchas maneras de realizar la vocación humana; quienes se acercan a nosotras fácilmente perciben que nuestra forma de vida es una manera auténtica de estar en el mundo. Es una vida en la que optamos porque sea Dios quien dé sentido a cuanto nos toca vivir. Elegimos ser

frente a poseer; preferimos la esperanza de lo que vamos a poseer, a retener lo que hemos conquistado.

Elegimos trabajar y ganarnos el pan con esfuerzo y sudor, aunque preferimos, sin embargo, el descanso a la conquista. El sentido del trabajo es sencillamente la sustentación y no la acumulación, con lo cual experimentamos una libertad incluso sobre las obras de nuestras manos.

Cuidamos y fomentamos la celebración, el ocio y la fiesta; por eso el Domingo es real y psicológicamente el Día del Señor, el día que centra y da sentido a toda la semana. Comprendo que quizá todo esto disuene en oídos y mentalidades saturadas de otras músicas más productivas y eficaces o que incluso no se perciba toda la importancia que tiene. La cultura que impone la globalización en nuestra sociedad está radicalmente orientada a la producción y al consumo, a la posesión, a la retención, a la afirmación por el tener...

Es también evidente que estamos conociendo nuevas formas de despersonalización, como es la de quien huye de la soledad «navegando sin timón por la virtualidad del ciber-espacio». Se sustituye la relación directa por la relación anónima, virtual. Los próximos, los prójimos reales y cercanos, son reemplazados por los amigos virtuales. En este contexto, la vida contemplativa quiere ofrecer al mundo, entrañas de misericordia y explicitar ante los hombres y mujeres de hoy que de nada le valen sus posesiones, la angustia y el cansancio de la vida, que es preferible la solidaridad al egoísmo y el aislamiento, la libertad y el saber gozar de las cosas, y no el esclavizarse con ellas; que es mejor depositar una confianza absoluta en el Absoluto que llamamos Dios, a depositarla en las cosas que nos son inferiores y que por ello no podrán asegurarnos nada para siempre. Y esto lo mostramos de forma creíble porque implicamos en ello nuestra existencia. Esta palabra que pronunciamos con nuestra vida contemplativa, es una palabra sobria, simple, sencilla y confiada.

En un mundo individualista, competitivo, que exige ser efectivo, productivo, **nuestra vida fraterna en común hace creíble la bondad fundamental de todo hombre**, independientemente de su raza, edad,

cultura, porque el otro es, ante todo, un hermano. La fraternidad no nace de la carne ni de la voluntad humana (cf. Jn 1) sino de Dios. Supone dejar la familia carnal, consanguínea, para unirse a otra que no eliges, sino que te viene dada como don de Dios. Por eso mismo, pertenecemos a una comunidad, pero la fraternidad no nos pertenece. Es don del Espíritu Santo. No pertenecemos a ella ni por amistad, ni por ningún interés, ni siquiera religioso, sino solo porque hemos sido llamadas por Jesús. La vida fraterna no se reduce a vivir juntos ni se define simplemente como un proyecto común de vida, como un reglamento, sino que es un estilo evangélico de vivir el seguimiento de Jesús. Es una vocación. Llegamos a la comunidad por «divina inspiración», dice Clara en la Regla (RCI 4).

En un mundo estresado, de éxito y eficacia, que exige ser siempre joven, sano, fuerte, y vive con frecuencia triste y angustiado, queremos ofrecer un estilo de vida alternativo. **Sembrar sosiego, paz y bien.** Contribuir, en la medida que nos posibilita la propia debilidad, a que los hombres recobren la esperanza haciendo el camino de Jesucristo, en pobreza y humildad, de modo que nadie tenga que sentirse inferior.

Hoy día, **una de nuestras mayores carencias es que nadie tenemos tiempo**, capacidad o amor para oír a nadie. Todos quisiéramos, sin embargo, tener alguien que nos tomase tan radicalmente en serio y con tanta despreocupación de sí mismo que, ante él, pudiéramos sin rubor expresar todo aquello que sentimos, anhelamos o vivimos. Los conventos de vida contemplativa queremos compartir nuestra riqueza, el cultivo del silencio y del sosiego que nos embargan y que ofrecen un marco adecuado para, desde ellos, escuchar y comprender a los demás gratuitamente, sin pretensión alguna, ofreciendo tal vez, solo una palabra sencilla, un gesto afectuoso o simplemente nuestro espacio.

Concluyo esta sencilla aportación con unas palabras de fray José Rodríguez Carballo dirigidas a un grupo de clarisas en Asís, cuando era Ministro General OFM: «Queridas hermanas y hermanos, no podemos contentarnos con narrar las obras de nuestros predecesores, no podemos contentarnos con hablar de Francisco y de Clara, sino que, inspirándonos en sus vidas, debemos cumplir en nuestro tiempo la parte que nos toca».

Que tengamos la osadía de reapropiarnos de la espiritualidad que sostiene nuestra vida y que, de ahí, nazca la fuerza para proponer de nuevo a todos el «alma de Clara». Esa es nuestra más bella misión evangelizadora.

HNA. M.^a TERESA PANDELET GRIJALVO
*Monasterio de Hermanas Clarisas de
Santa María de Jesús de Ávila*

¡Seguimos dando gracias!

Cada año, al llegar la fecha del 2 de febrero, se nos invita a unirnos, como en un gran coro, a celebrar la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Son ya, desde el año 1997, treinta y siete años celebrando este día memorable para toda la Iglesia y todo el mundo.

Recordamos que el papa Juan Pablo II, al instituir esta jornada, nos hacía caer en la cuenta de tres aspectos¹:

- En primer lugar, responder a la íntima necesidad de alabar más solemnemente al Señor y darle gracias por el gran don de la Vida Consagrada que enriquece y alegra a la comunidad cristiana.
- En segundo término, promover en todo el pueblo de Dios el conocimiento y la estima de la vida consagrada.
- El tercer motivo, se refiere directamente a las personas consagradas, que son invitadas a celebrar juntas y solemnemente las maravillas que el Señor ha realizado en ellas.

Cada año, la celebración de la Jornada, tiene un lema que unifica todo lo que se desarrolla en torno al mismo. Este año 2024 es: «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad».

Al ofrecer este lema, viene a la memoria la fiesta de la Inmaculada, y lo que supuso para María su vida de entrega al Señor. Son de destacar cuatro actitudes de María, que nos pueden valer para meditar y orar de manera personal y comunitaria en este día:

- *Escuchar*: María, primero escucha, está atenta a lo que Dios, por medio del ángel le viene a decir. Es una escucha atenta, como quien ve que esas palabras no están dirigidas otra persona, sino a ella.
- *Dialogar*: es un momento bonito de encuentro y de compartir, en animado diálogo, María con el ángel. Pregunta, quiere estar

¹ SAN JUAN PABLO II, *Mensaje para la primera Jornada de la Vida Consagrada (24-1-1997)* 2-4.

enterada de cómo será eso, no porque dude, sino porque quiere abrirse totalmente a Dios.

- *Dejarse sorprender*: María no sabe por qué a ella Dios le dirige ese mensaje y no acaba de creerse que ella sea elegida. Es una sorpresa que llena la vida, que acepta como un regalo.
- *Estar disponible*: responde con un «aquí estoy, hágase tu voluntad», sin peros ni dudas porque Dios lo llena todo y para lo que sea. Actitud memorable de apertura al plan de Dios.

No. No es una situación parecida a la que podemos considerar como un objeto, sin vida, colocado en una habitación, como si dijera «aquí estoy», pero sabiendo que ha sido colocado por otros, sin más.

No es tampoco la postura de la persona que siente que le han hecho una llamada y la escucha, sí; pero sin mover un dedo para responder a esa llamada. Que se ha enterado, pero no la ha hecho suya.

Ni tampoco es la de quien, recibida la llamada, proclama a los cuatro vientos que se la han dirigido, pero solo porque acaso quiere presumir de que alguien le ha tenido en cuenta y se siente importante. Pero la respuesta queda muy lejos de su voluntad.

«Aquí estoy, Señor» significa una clara manifestación de que, ante la llamada, como María, dejamos que el corazón se abra a los cuatro vientos de la novedad. Pero no es nuestra voluntad la que debe considerarse primero, sino que ha sido Otro quien nos ha llamado, y al que respondemos con la prontitud del «aquí estoy». Ante ello, sí que es una llamada que entraña novedad, porque se dirige a ti, personalmente, y pones tu tiempo, tus ganas, tu ser en escucha a esa llamada.

Quizá hemos dialogado también con Dios porque necesitábamos saber un poco más los planes de Dios, aunque no comprendíamos del todo el porqué a cada uno/a en particular se nos hace esta llamada. Y en ese diálogo, descubrimos que, probablemente, Dios va más allá de nuestros deseos, de nuestros planes, de nuestra voluntad... Y, entonces, sí, nos dejamos sorprender porque Dios hace las cosas a su manera.

Cuando esto ocurre, cuando hemos vivido ese vaivén al estilo de Dios, hacemos unidad con la gran corriente de muchos consagrados, hombres y mujeres, que han hecho de su vida el mismo camino que cada uno de nosotros. Quizá han tenido la misma sorpresa que nosotros y cada día, en el diálogo con el Dios de la vida, de la alegría y de luz, brote ese sentido de unidad con ellos, en la fidelidad de una vida entregada al Señor.

Porque, recuerda:

- Son más o menos años de seguimiento, con sus dudas y batallas, pero con el gozo en el interior el corazón.
- Con la creatividad en la respuesta, renovando y actualizando el carisma de tu fundador/a con el ánimo de dar una respuesta más eficaz y evangélica (eso de «fidelidad creativa»).
- Te llenas entonces de pasión, porque seguir la llamada que el Señor te ha hecho responde a una voluntad que no es la tuya de inicio, pero que luego la has hecho tuya conformándola a la voluntad de Dios.

«Aquí estoy, Señor» hemos dicho con todas nuestras ganas y con todo nuestro ser. Y él, el que nos llamó, entiende que no siempre somos fieles, que tenemos nuestras dudas, que en el diálogo inicial que tuvimos al recibir el primer aviso de llamada, nuestro corazón estaba un poquito más inflamado de amor; y que, ahora, aunque quizá se haya ido apagando justamente por eso, porque nos sabemos débiles, confiamos tanto en él que le devolvemos nuestra vida y abiertamente le decimos: «Hágase tu voluntad».

Lo hemos dicho sin recelos, lo hemos manifestado sin tapujos. Lo hemos vuelto a repetir cada mañana en la oración con la comunión, lo hemos mantenido a lo largo de los muchos o pocos años de vida y hemos comprendido que ya no dirigimos nuestra vida por donde queremos, sino que le dejamos a él el timón de la misma, porque nos llena tanto lo que vivimos que nos fiamos de él y, como María, le decimos: «hágase tu voluntad».

Muy bien. Y, ahora ¿qué?

Pues nos ponemos en un camino que parece que no tiene marcha atrás, pero no porque no se pueda uno dar de baja en cualquier momento de esta empresa, sino ya que cada día alimentamos el gozo del seguimiento, nos va haciendo cada día más plenos, más felices, más todo para Dios. Y se desatan enseguida consecuencias:

- Mayor disponibilidad para Dios y para los otros. Ya no te miras tanto a ti mismo, cuanto lo que los demás necesitan de ti. Cambias la fijación de tu mirada: de ti, hacia los otros.
- Gran apertura al deseo de Dios: que te convierte en ser de Dios, de él, suyo, para lo que él quiera que, seguramente, será mucho mejor de lo que tú piensas o deseas. Solo hay que dejarse llevar por él.
- Poner «toda la carne en el asador», como decimos, o «echar a volar todas las velas», como servicio desinteresado al proyecto de Dios, que pasa por hacer más palpable tu compromiso con el carisma de tu Congregación, pero sin perder de vista que estás construyendo Iglesia, con otros.
- El deseo de hacer realidad su voluntad juntos, con otros, en un camino intercongregacional, no porque ahora suene a moda, sino porque te sientes unido a otros consagrados y consagradas que han recibido una llamada como tú para hacer reino, juntos. Y qué bonito es que, en ese esfuerzo y en ese compromiso, la misión se comparta, se viva, se realice y se disfrute haciendo realidad el reino porque así «manifestamos una fraternidad ejemplar que sirve de estímulo a los otros componentes eclesiales»².
- Seguir haciendo camino sinodal. Esta Jornada contribuye a volver sobre la realidad de la Vida Consagrada para decirnos que: «la comunidad cristiana mira también con atención y gratitud las experimentadas prácticas de vida sinodal y de discernimiento en común que las comunidades de vida consagrada han madurado durante siglos»³.

² S. JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 52.

³ ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE OBISPOS, *Una Iglesia sinodal en misión. Relación de síntesis*, n. 10b.

El lema se completa con algo práctico: «Hágase tu voluntad».

Han sido muchos los hombres y mujeres que, a través de la historia y en contacto con el Señor han hecho de su vida una donación a la voluntad de Dios. El salmista lo refiere «aquí estoy [...] pues he de cumplir tu voluntad»⁴; o «enséñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios»⁵. En el padrenuestro repetimos las mismas palabras⁶. María se hace esclava del Señor: «Hágase en mi según tu palabra (tu voluntad)»⁷. Jesús con frecuencia repite que no ha venido a hacer su voluntad sino la del que le envió⁸.

Somos conscientes de que nuestros fundadores y fundadoras proclamaron con su vida el «Hágase tu voluntad» cuando se enfrentaron a muchas ocasiones donde era casi más fácil dejar las cosas y dedicarse a otros menesteres, pues era —a nuestros ojos— lo más «sensato». No se arredraron ante las dificultades ni dejaron que fuera su voluntad, la propia, la que marcara el ritmo de la vida, cuando en el momento inicial de su camino dijeron «Aquí estoy, Señor».

Este día que hoy nos convoca encierra también un deseo que se puede manifestar de varias maneras:

- Como un día de fiesta para agradecer lo vivido. No hemos sido nosotros los que hemos emprendido el camino del seguimiento por propia voluntad. Recordamos al que nos llamó y lo hizo por amor. Es un día para devolver con amor la llamada de un amor primero.
- Es un día para no quedarnos encerrados en los tristes lamentos con que, a veces, proclamamos lo que vivimos. Ya lo sabemos (somos mayores, con menos fuerza, con pocas vocaciones...). Pero no caemos en la cuenta de que nuestra vida es una expresión maravillosa de fidelidad que nos ha traído hasta aquí. Y no ha sido en vano. Es pues, un día para cantar, a los cuatro vientos, que Dios nos ha llamado y le hemos respondido.

⁴ Sal 40,8.

⁵ Sal 143,10.

⁶ Mt 6,10; Lc 11,2.

⁷ Lc 1,38.

⁸ Mt 26,42; Lc 22,42; Jn 5,30; Jn 6,38; etc.

- Es un día para sentirnos plenos y a gusto con la vocación abrazada. Para querer lo que somos. Para disfrutar con la respuesta. Pero no, no puede ser una respuesta de cualquier modo, sino basada en el compromiso de una generosidad sin límites. Entonces, sí, es un día para alegrarse por ser fieles.
- Es un día para no perder de vista, porque puede ser fácil olvidar que, si somos llamados, es para una misión dirigida a «fortalecer las manos débiles, robustecer las rodillas vacilantes, decir a los cobardes de corazón: no temáis»⁹. Sí, es verdad, es un día para ser más corazón que acoja a los pobres y desvalidos, que haga crecer la fraternidad en un mundo en exceso individualista.

Volvemos al principio recordando nuestro lema: «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad» y decirlo con el corazón henchido de gozo porque hacerlo nos une a la gran cadena de hombres y mujeres consagrados que han puesto su vida al servicio del Evangelio, con una generosidad sin límites. Tanta que, hoy también, nos permite cantar con todos los hombres de buena voluntad que se alegran con los consagrados al son de la Palabra de Dios, transformados por la llamada, pues: «Jesús participó de nuestra carne y sangre para aniquilar la muerte y liberar a cuantos por miedo a la muerte pasan como esclavos».

Somos hombres y mujeres libres que viven su vida con total libertad, poniendo su vida a disposición de Dios, para lo que quiera. ¿Cabe mayor gozo?

¡Feliz fiesta de la Presentación del Señor!

¡Feliz Jornada de la Vida Consagrada!

HNO. JESÚS MIGUEL ZAMORA MARTÍN
Secretario General de CONFER

⁹ Is 35,3-4.

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad (Heb 10,5ss; cf. Sal 40,7-9)

Esencia y núcleo vital de la vida consagrada

Leemos en la exhortación apostólica *Vita consecrata* que,

[...] a la vida consagrada se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano. Por tanto, en la vida consagrada no se trata solo de seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo «más que al padre o a la madre, más que al hijo o a la hija» (cf. Mt 10,37), como se pide a todo discípulo, sino de vivirlo y expresarlo con la adhesión «conformadora» con Cristo de toda la existencia, en una tensión global que anticipa, en la medida posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica¹.

«Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad» es la expresión que resume la experiencia personal de cada consagrado, un don misterioso que polariza la vocación y la misión y lleva a cada consagrado a la escucha de la Palabra de Dios, acogiendo el Evangelio como su norma de vida. En este sentido, el testimonio de quien se compromete a «no anteponer nada al amor de Cristo» y vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en una respuesta de esperanza y expresión viva de la Palabra de Dios: «No temas, pequeño rebaño, al Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (cf. Lc 12,32).

Por ello, resuena en el corazón de la vocación como consagrado la llamada a cimentar la vida en la Palabra de Dios, y a «redescubrir la belleza y el encanto del renovado encuentro con el Señor Jesús y reavivar el encuentro personal y comunitario con Cristo y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios, presente en medio de nosotros»².

«Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad», es la Palabra de Dios que resume la experiencia de años de vida misionera que se confirma, cada día,

¹ S. JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 16.

² BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 2.

en la escucha de quien me ha elegido, como iniciativa suya (cf. Jn 15,16). Testimoniar la vocación de consagrada es afirmar que en la escucha de la Palabra que se ha recibido personalmente de Dios mismo, nace la invitación a vivir la aventura de seguirle y aceptar su amor como única riqueza, y de hacer de su Pasión mi pasión y proyecto de vida.

La obra de la creación que Dios comenzó un día en nuestras vidas se continúa en la llamada personal y comunitaria a «reproducir la imagen del hijo» (cf. Rom 8,28-29). La vida consagrada es una respuesta de acoger su voluntad y vivir con él y para él, reconociendo en él, el camino para continuar la obra que inició; es la manera de responder al don inapreciable de ser hijos y hermanos, pero en comunión con él y desde el don de una misión particular. Es decir, que cada uno, en la medida que camina en amistad con Cristo, va asumiendo su vida y ratifica, con la profesión perpetua, su opción por él. Con Cristo, desde él y en él, se va unificando toda nuestra vida. Es Cristo y la relación de amistad con él, el trato familiar y cercano cada día, lo que va dando cohesión a nuestra existencia.

Aunque es apasionante, reconozco que no es tarea fácil. Siempre hay otras llamadas a abandonar la obra, a dejar de ser humanos, a dejar de ser hijos en el Hijo, a dejar de ser hermanos. Cuando dejamos de escucharle a él corremos el riesgo de vivir dispersos, con exceso de actividades y el desánimo puede asomar en el camino. Es necesario alguien que centre la existencia y oriente la vida y el corazón. No son solo las cosas bien vividas las que dan orden e integración a la vida consagrada, es la persona de Cristo, su Palabra, su amor, su confianza, su misión, lo que realiza esta unificación en cada uno, sin que nada quede fuera de él.

Hace pocos días escuché a una misionera consagrada y destinada por su comunidad a la Prefectura Apostólica de Robe, en Etiopía, a testimoniar con su vida el Evangelio y asumir obras de promoción social y de desarrollo. Dada la pobreza de la región, se acercó a uno de los lugares más necesitados, y visitando las familias del lugar, conoció a una mujer de unos treinta años, llamada Alima, que, desde hace años, sufre una malformación en su columna vertebral, sin medio alguno de ayuda o de tratamiento médico; debido a esto pasaba la mayor parte del día sentada en el suelo, pero la posición de su columna le obligaba a tener la cara muy cerca de la tierra. Los misioneros habían recibido una silla como regalo y pensaron que podría ayudar a Alima a tener una postura

mejor y más digna. Cuando se acercaron, la familia se reunió a su alrededor y enseguida la ayudaron a sentarse. En un instante, Alima ya no estaba a unos centímetros del suelo, sino que su cara estaba a la altura de todos los que estaban sentados a su alrededor. Su visión del mundo había cambiado y su rostro se había vuelto radiante y luminoso. En su casa se respiraba una increíble alegría.

Este sencillo testimonio ilumina cómo la esperanza se convierte en vida cuando estamos dispuestos a regenerar las relaciones entre los miembros del pueblo de Dios, siendo juntos testigos del amor de Dios, y caminando juntos en la escucha de la Palabra de Dios. Necesitamos agudizar el oído para escuchar al Espíritu, a los hermanos con los que se comparte la vida y a la humanidad herida con sus gozos y tristezas, caminar juntos por las sendas de la fidelidad a la propia vocación y repetir el «Heme aquí. Hágase tu voluntad».

Mantener viva la mayor familiaridad con la Palabra de Dios ilumina interiormente los «cómos» de la vivencia al amor a Dios y al prójimo de forma renovada cada día. Aquella misionera comprendió que toda persona que el Señor nos confía necesita ser levantada del suelo, porque solos no podemos levantar la mirada y vivir la vida con esperanza; esa fraternidad que nos sostiene y se nutre con los pequeños detalles con que estamos atentos unos a otros, es un amor concreto que se convierte en signo de una verdadera fraternidad, es el amor de Cristo que nos une y nos da esa presencia de Dios que queremos ofrecer al mundo.

La Iglesia tiene necesidad más que nunca del testimonio de quien se compromete con su vida de oración, escucha y meditación de la Palabra de Dios, de personas que nos recuerden que no solo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios (cf. Mt 4,4). Volver a poner la Palabra de Dios en el centro de la vida de la vida personal y eclesial es un don y una tarea imprescindible para la vida consagrada.

- ¿Qué hay que hacer ante un mundo que desconoce el evangelio?
- ¿Cómo obedecer al mandato misionero de Jesús: «Id por todo el mundo, haced discípulos de todas las gentes, enseñándoles todo lo que yo os he enseñado»? (cf. Mt 28,18-20).
- ¿A quién dirige el Señor hoy estas palabras? ¿Quién las acoge?

En Jesús resucitado se nos revela una vida auténticamente nueva que vence la muerte. El Hijo es la mediación que nos conduce al Padre. Escuchar y ver al Hijo es escuchar y ver al Padre, esta experiencia es la que nos conduce a consagrar la vida.

Es una misión tan exigente que solamente se puede realizar manteniendo viva la relación personal con Jesús, como lo expresa el papa Francisco:

El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie»³.

La consagración es, pues, pertenencia y dependencia del corazón porque es convivencia del corazón. Nos urge la construcción del reino que nos impulsa a mantener en nuestro mundo, a menudo lleno numerosos y dramáticos problemas morales y sociales, la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su reino, abrazó y propuso a los discípulos que lo seguían⁴. Participando en su misión, sentimos compasión al oír «el clamor de los pobres» que piden justicia y solidaridad, y, como el buen samaritano de la parábola, nos comprometemos a dar respuestas concretas y generosas. Necesitamos responder con humildad a la pregunta: «¿Qué quiero realmente?» y colocarnos ante Dios con las manos abiertas, como María de Nazareth, Madre y Sierva de la Palabra. Que ella nos ayude a toda la vida consagrada a escuchar y asimilar la Palabra, de tal modo que, custodiándola en el corazón, sea su gozo y alegría para expresar: «Aquí estoy, Señor». «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

TERESA RODRÍGUEZ ARENAS, VD.
Coordinadora de Nuevas Familias Eclesiales

³ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 266.

⁴ Cf. S. JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 22; Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,10-11; Jn 15,16.

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

«Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gen 3,15). Me atrevo a comenzar así la historia que el Señor va haciendo a través de mi virginidad consagrada a él. Es la experiencia de responder a su petición de entrega para unirme totalmente a su obra de salvación. Desde ese mismo momento, que yo descubrí poco a poco, en diferentes momentos de entrega, mi vida no tenía un plan, y sigue sin tener un plan. Un plan diseñado por mí, quiero decir. La experiencia de mi virginidad consagrada a la sponsalidad con Jesús, es la experiencia en la vida de que la historia la escribe el Señor, el camino lo propone el Señor.

Él, como buen pastor guía, conduce sin que la oveja sepa el camino. Ella solo escucha la voz del pastor y le sigue. A veces es llevada en hombros, se ha perdido, está confusa, quizá atemorizada, incluso herida y el Pastor va a por ella y la carga. No importa dónde o cuándo, sino *con él*. De forma que esa es su casa y su paz.

Mi experiencia de la virginidad consagrada es la de vivir simplemente unida en todo al Señor, cogida de su mano. Unida al Esposo, para ir por donde quiera, a dónde quiera. No importa el tiempo, el lugar, las circunstancias. Lo que importa es que el Señor quiere que viva esta vida, la mía concreta, la de cada virgen consagrada concreta, creo yo, con él. También subiendo y estando con él en la cruz, pasando por donde é pasa sin dejarle solo, pues se ha procurado una esposa a quien concede compartir todo con ella; y poder así realizar su obra de misericordia.

Como virgen consagrada me sustenta la particular historia de nuestra Madre la Virgen María. Y el empeño de llevarme de su mano, aun cuando no lo sabía y cuando me lo hizo saber para nuestro consuelo y nuestra firme confianza, todos los días de mi vida.

«*Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad*» es la misma respuesta de María, «he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra», la que aprendió Jesús de ella, y es mi deseo responder así siempre como

virgen consagrada, para que se realice la salvación de Dios por los caminos que disponga por poco comunes y escandalosos que parezcan.

No conoces el camino, no propones metas, el único destino es la comunión con Jesús, cada día. La gracia y la Eucaristía, de rodillas a su voluntad, es el único anhelo; y teniendo esta única meta, cada segundo del día, el Señor me va guiando y haciendo su obra.

INMACULADA PARRA BRISA
Virgen consagrada de la diócesis de Valencia

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

...en el mundo sin ser del mundo

Tú sabes, Señor, cómo me llamaste y cómo me sedujiste...

Rondaba los quince años, hija única de un matrimonio humilde y sencillo, pero dotado de los valores que tú les habías regalado y ellos supieron transmitirme.

Estudiante por entonces de bachiller, en un colegio de religiosas de Granada.

Con estos años se tienen muchos sueños: sueños de profesión, de estado de vida, de amistades, de viajes; sueños que se dibujaban con ilusión y que se fueron afirmando y confirmando con el paso del tiempo.

No intuía, para nada, el «aquí estoy, Señor», pero tú sí lo tenías en tu mente, en tus planes, en tus caminos. Caminos que no eran los míos.

La profesión fue fácil de decidir: la docencia me llamaba bastante la atención y mucho más, cuando en mi casa siempre había faltado el bullicio de otros niños /as con quienes crecer, compartir, jugar, pasear...

El estado de vida estaba más dudoso. ¿Tal vez formar una familia numerosa? No estaba claro y, que el tiempo corriera, era lo mejor que me podía pasar.

Comencé a estudiar Magisterio con las religiosas Mercedarias de la Caridad y la vida rutinaria seguía: clases de distintas materias, didáctica, pedagogía, programaciones... pero también tú habías preparado para mí páginas que estaban por estrenar, renglones inéditos.

Mis años fueron pasando y te hiciste el encontradizo mostrándome la vida entregada de una mujer muy sencilla que «estaba en el mundo pero que no era del mundo». Era la «la santa de la puerta de al lado», que tanto comenta el papa Francisco. Vivía en familia, trabajaba como auxiliar de clínica en la consulta de un oftalmólogo y con su amabilidad trataba de aliviar los padecimientos de los pacientes que llegaban. Tenía algo especial, constantemente le brillaban los ojos de mujer enamorada.

Y en el contacto con ella descubrí que el amor de su vida, el centro de su existencia era Jesucristo, a quien ella seguía con una entrega incondicional. Me llamó poderosamente la atención. Su vida fue tu voz, Señor, su testimonio fue tu primera llamada de alerta, la novedad de alguien que busca y encuentra en el mundo una señal indicativa, algo que te ilumina.

¿Cómo? Nunca había oído hablar de esa forma de seguirte, Señor. ¿En el mundo? ¿En su casa? Había estado en contacto directo con la vida religiosa, en los dos colegios donde estudié y, además, tenía una tía, hermana de mi padre, en un convento de clausura, Clarisa Capuchina, y nunca me había planteado nada de vocación. ¿En la mente de mi madre estaban los nietos! Y la mía estaba en blanco en cuanto a opción de vida.

Pero tú, Señor, me esperaste en el mundo, en «la casa de al lado» te acercaste a mi vida y a través de un testimonio vivo, me hablaste de secularidad consagrada, de vivir en las entrañas del mundo siendo levadura, fermento, sal, luz. ¡Qué desconcierto! No salía de mi asombro.

Ahí te hiciste el encontradizo. «Te acercaste a mi puerta y pronunciaste mi nombre», dice la canción. Y así fue. Viniste a mi casa para que despertara del letargo, de otros sueños que tenía en la cabeza, y me ofreciste, Señor, seguirte, entregarte mi vida «en medio del mundo», pero sin salir de él. Mi sueño se ponía complicado, y mucho más cuando me explicaron que existió un sacerdote vasco, Antonio Amundarain Garmendia, que en 1925 también «soñó» y al despertar se dio cuenta de que él era solo el autor del sueño, y su querida Madre, la Virgen, había hecho «el sueño» realidad.

El 2 de febrero de 1925 mantuvo la primera reunión con un grupo de catequistas de su parroquia en el Camarín de la Virgen del Coro, Patrona de San Sebastián, para exponerle el don carismático que el Espíritu Santo le había regalado: que vivieran una plena consagración teniendo como claustro el mundo, la oficina, la empresa, el taller, el hospital, la escuela... y ahí «sembrarían Virginitad, pureza, transparencia», en cada espacio donde habitaran, donde vivieran, donde trabajaran. El Espíritu Santo le inspiró al Venerable Antonio Amundarain que el mundo necesitaba miradas transparentes para ver sin prejuicios; corazones vírgenes para amar gratuitamente; manos limpias para aca-

riar lo frágil y vulnerable de nuestro mundo; pies para recorrer caminos y sembrar la belleza de los valores evangélicos en los lugares más recónditos. Sembradoras del Rostro virgen de Cristo. La propuesta fue aceptada por doce catequistas.

Ese día había nacido lo que en 1950 sería reconocido por la Iglesia como Instituto Secular «Alianza en Jesús por María». Me pudiste, Señor. Mi «vecina de al lado» pertenecía a ese Instituto.

Después de la sorpresa y de un tiempo de reflexión, fui entendiendo e integrando que la clave de los Institutos Seculares era la coesencialidad de dos extremos que parecen irreconciliables: la consagración y la secularidad. La síntesis de ambas dimensiones da la fisonomía propia a esta forma de vida consagrada en la Iglesia.

«Camináis por el borde de un plano inclinado [...] Es un camino difícil, de alpinista del espíritu», decía Pablo VI en 1970. Y el Cardenal Pironio lo expresaba así en 1980: «Vivan la irrompible unidad de esta vocación única y original en la Iglesia».

Este era el sueño que tú me tenías reservado: plena consagración y plena secularidad. Hoy, después de una larga trayectoria viviendo junto a ti, en pleno corazón del mundo, en los «surcos de la historia», según nos decía Benedicto XVI, trabajando en pueblos y aldeas andaluzas, como maestra de la escuela pública y desde mi secularidad consagrada, perteneciendo a un Instituto Secular, solo puedo cantarte, Señor, un cántico nuevo cada día, cántico de gratitud, de alabanza y de acción de gracias por todo lo que me has hecho gozar en mi vida de consagrada en medio de los hombres y mujeres de nuestro querido mundo, compartiendo sus alegrías y muchas veces sus tristezas, sus gozos, sus esperanzas y también sus sufrimientos. **Compartiendo.**

Hoy te sigo diciendo: «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad», hasta que me llesves a tu presencia.

M.^a CARMEN FERNÁNDEZ PUENTES
Instituto Secular Alianza en Jesús por María
Presidenta de CEDIS

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

Relato de un camino

El lema para la XXVIII Jornada de la Vida Consagrada propone y expresa una meta muy alta: la de vivir siempre en la presencia de Dios, respondiendo con generosidad a su llamada. Un bello ideal que contrasta con la fragilidad que se experimenta a la hora de ser fiel en el camino de la búsqueda y la aceptación de la voluntad de Dios. Dicho camino no suele ser lineal, ni estar privado de obstáculos. Por consiguiente, descubrir e identificar lo que Dios quiere, disponiéndose a actuar en coherencia con ello, conlleva a menudo el esfuerzo de transitar en medio de la perplejidad y la incertidumbre. Nuestras buenas intenciones chocan así con el muro de una cotidianeidad gris, en la que percibimos que vivir la consagración no es un afán entre otros, sino una aventura que exige apostar por el misterio y lanzarse al vacío.

Se me ha pedido que, a partir de la experiencia personal, comente el lema que inspira nuestra Jornada del 2024. Confío que las palabras de mi relato puedan resonar en el corazón de cuantos compartimos la llamada a la Vida Consagrada. Comienzo con una doble constatación. Recuerdo, en primer lugar, que los maestros espirituales afirman que quien se toma en serio su proyecto de fe no suele mostrar una disponibilidad indistinta, pues pronunciar el «aquí estoy» no resulta tan sencillo como podría parecer a primera vista. Un cierto grado de sana reserva y de medida distancia forma parte del camino del discípulo. Por otro lado, dichos maestros constatan también que la persona que asume un compromiso religioso experimenta casi siempre un cierto temor, tanto en el momento de dar el primer sí como a la hora de ratificarlo con los síes consecutivos. Concluir el discernimiento con un apacible «hágase tu voluntad» no es necesariamente una operación automática. Y es que la disponibilidad para «buscar y hallar la voluntad divina» (san Ignacio) se adquiere en pequeños pasos; constituye una labor lenta y exigente, una tarea de vida que implica a toda la persona.

Al intentar poner en orden mi experiencia, soy consciente del peligro de racionalizarla en exceso, confinando en esquemas mentales una

realidad que no se deja catalogar fácilmente. Pido disculpas por ello. He logrado distinguir cuatro elementos que se entrecruzan en la tentativa de hacer de la propia historia una respuesta a la voluntad divina. No son aspectos excluyentes entre sí o que sigan una lógica impecable, sino dimensiones simultáneas, identificables de manera transversal en el camino del discipulado. La exposición se articula en cuatro etapas, que pretenden ser un reflejo de otros tantos momentos vitales. Cada vivencia tiene una intensidad y un color singulares, a tenor de las circunstancias.

1. La premisa del asombro

El asombro precede y acompaña tanto al encuentro con Dios como al proceso de cambio que se desencadena al entrar en contacto con su misterio. La sorpresa inicial no deja al discípulo inerte, pasmado, sino más bien suscita en él una actitud de apertura, generando un acercamiento distinto a la propia realidad. ¡Somos requeridos a dar respuesta a una llamada que, de entrada, nos enmudece y nos hace contemplarnos bajo una luz distinta! Por ello, asombrarse no solo implica sorprenderse, sino dejarse interpelar: mirar de otro modo, abrirse a nuevas realidades, suscitar interrogantes que muevan a una transformación del corazón.

Probablemente, hayamos experimentado, en un momento dado de nuestra trayectoria personal, que Dios nos «pilló por sorpresa». Su llamada puso en marcha un proceso que condujo a una disponibilidad dinámica. Sin el asombro, el «aquí estoy» habría sido el fruto de nuestros cálculos y cavilaciones interesadas, no de la gracia. Sin el «aquí estoy», el asombro se habría quedado en una vivencia más, un eslabón indiferenciado en medio de una cadena de acontecimientos que tal como vienen, se van.

2. El camino de la escucha

La sorpresa de Dios espabila el oído (cf. Is 50,4), estimulando la actitud de escucha. Así es relatado con claridad en el conocido episodio del pequeño Samuel (1 Sam 3,1-21). Se trata de una perícopa en que ante la extrañeza de la interpelación divina se genera primariamente un doble «aquí estoy», para presentar, acto seguido, una escena que describe a cabalidad un «acto de escucha». El niño Samuel, ayudado por

su maestro, pasa así del estado de audición imprecisa, propio del duermevela, al despertar en una dimensión distinta. Por consiguiente, no solo debe agudizar el oído, sino también adoptar una disposición física que refleje su deseo de practicar la escucha atenta: «habla, Señor, que tu siervo escucha». En ese momento, el «aquí estoy» empieza a tomar cuerpo en una serie de palabras escuchadas que, como diría gráficamente Jeremías, el discípulo devorará hasta convertirlas en su gozo y en la alegría de su corazón (cf. Jer 15,16).

En el camino espiritual de muchas personas consagradas, una vez realizada la experiencia–umbral de asombro, es crucial la intensificación de la escucha de la Palabra. Esta última, precisamente, es el ámbito privilegiado donde se expresa la voluntad divina y la mejor síntesis de esta. La gracia de la escucha transforma así la propia vida en un receptáculo de la Palabra: una caja de resonancia en cuyas paredes se percibe el eco de lo que Dios quiere.

3. El camino de la vocación

En un tercer momento, cuando la escucha ha cautivado el corazón —y la misericordia y la verdad han quedado grabadas en las tablillas del alma (Prov 3,3)— se genera el deseo de hacer la voluntad de Dios, expresándola en una opción de vida que responda a lo que propone la escucha atenta del Señor. En este punto, la persona ya no se conforma solamente con unas palabras que oye, lee o interioriza. Ahora tiene ante sí un modelo de vida que cautiva sus pensamientos, motivando sus acciones e invitando a discernir: el modelo de Jesucristo, cuyo alimento fue hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4,34). Al llegar a este punto, el discípulo se dice a sí mismo que no es que *tenga* vocación, sino que *es* vocación, y que esta es su identidad y su identificación. La vocación le sitúa ante el Señor, invitándole a hacer su voluntad. Está claro que la Palabra escuchada ha logrado formar e informar su ser, inspirar sus elecciones y determinar las decisiones relativas a la propia vida.

¿Cuál es el contenido fundamental de la vocación? Bastantes santos respondieron a esta pregunta diciendo: «mi vocación es el amor». Si Dios es amor y Jesucristo nos ha amado hasta el extremo, aprender a amar como ellos aman se convertirá poco a poco, para la persona consagrada, en el modo natural de transitar día a día el camino de la voca-

ción. El Concilio Vaticano II lo expresa bellamente cuando invita a los consagrados a seguir siempre la senda que conduce a la perfección en la caridad.

4. El camino de la fe

La decisión vocacional, nacida del discernimiento, no se vive en una realidad paralela, ni en un mundo donde desaparezcan las limitaciones propias de la condición humana. El camino de la vocación se entrecruza así con el camino de fe, y la persona consagrada es obligada cotidianamente a confrontarse con todo tipo de mediaciones y con las dificultades que acompañan el día a día. El consagrado aprende que la condición creyente no se fundamenta en la desaparición de todas las aristas, sino en aprender a vivir de otro modo, es decir, en fidelidad a los criterios que derivan de la misma fe.

El capítulo 11 de la Carta a los Hebreos enumera una nube de testigos que, precisamente, encuentran en su fe y en su profunda pasión por Dios la fuerza necesaria para atravesar las tinieblas de la noche, los retos de la vida y las contrariedades ligadas a la propia incoherencia. Análogamente, cuando la persona consagrada dice «aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad» se sitúa en la misma lógica creyente, dejando de lado todo voluntarismo e instalándose en una dinámica de confianza y purificación.

El quinto y último estadio de este proceso de discipulado someramente descrito es el de la *entrega*. Ninguna propuesta cristiana es tal si se agota en consideraciones personalistas que capturan a Dios en las redes del propio ensimismamiento. Decir a Dios «cuenta conmigo y que se haga tu voluntad» conduce inexorablemente a compartir la suerte del Señor Jesús, cuya entrega al reino le llevó a luchar por construir la paz, la justicia, la vida y la verdad.

P. ANTONIO BELLELLA, CMF

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

«Consagrados y consagradas están llamados a ser hombres y mujeres de encuentro».

«Todas las formas de Vida Consagrada son llamadas a estar en estado permanente de misión y a compartir las angustias y esperanzas de la gente de hoy, especialmente de los más pobres».

«Que nuestros carismas no cristalicen en una doctrina abstracta».

«Los carismas no son piezas de museo. Nuestros fundadores no tuvieron miedo a mancharse las manos en la vida cotidiana, con los problemas de la gente».

«Contentos y llenos de gratitud por la propia vocación».

«No olvidéis la primera llamada. Haced memoria».

«Rezad y envejeced así, como el buen vino».



ORACIÓN PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

2 de febrero de 2024

Aquí estoy, Señor ¡hágase tu voluntad!

Se dice fácil, pero en las circunstancias concretas de la vida, no es tan sencillo y no siempre sabemos cuál es tu voluntad. Con tu gracia, nos abandonamos en tus brazos con absoluta confianza y te decimos: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). ¡Que se haga tu voluntad en mí, en nosotros!

Padre santo, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. ¡Que te bendigan, Señor, los que escuchan tus susurros, y se ponen en camino sin miedo a la noche fría o al calor! Que te bendigan, Señor, junto a los descartados de este mundo que apenas oyen tu voz, y recobran la esperanza de un «nosotros» fraterno.

Padre santo, como barro en tus manos, modela en cada uno de nosotros el deseo de servirte y anunciarte, de descubrir tu voluntad que nos recrea y transforma en vasijas nuevas, para reconfortar y humanizar, en tu Nombre, el mundo roto y convulso en el que vivimos y nos movemos. ¡Acrecienta en nosotros la pasión compartida, a la escucha de tu voz!

Te bendecimos, Señor, todos los que buscamos tu voluntad y ofrecemos nuestra pequeñez a tu servicio, al compromiso del bien común y a la artesanía de la justicia y la paz.

Que tu Espíritu nos transforme en signos de tu voluntad encarnada.

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad.

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

